

Condiciones.

Se paga anticipado por cada cuatro números B 2, 50 cs. — Un número suelto B 1. — Oficina central, Sur 5, Núm. 46, entre el Coliseo y el Peinero.

EDITOR
G. J. ARAMBURU.

EL ZANCUDO

38

Agencias en el exterior.

En París, el Sr. Director de la *Correspondencia Latina*, rue St. Lazare, 15, París.
En Puerto-España (Trinidad) el Sr. José A. Ortiz.

SEMANARIO DE LITERATURA Y BELLAS ARTES.

ZUMBIDOS.

Semana Santa.— Famosa, divertida y alegrísima estuvo la gran Semana que dedica la Iglesia para conmemorar los sublimes misterios del Catolicismo. Allá, en tiempos de nuestros padres, que eran, los pobres, unos hombres así, como Dios los había hecho, las cosas pasaban de otro modo. Ya se ve ¿qué sabían ellos de progreso ni?... vaya! Lo cierto es que nosotros hemos asistido este año á una Semana Santa magnífica, requetemagnífica!

Era que aquello levantaba el ánimo. Lo primero que se hizo fué arrojar á empellones del templo á ese viejo majadero que se llama el Respeto, y á esa otra casta Susana que dizque nunca ha servido para nada y que llaman la Sra. Circunspeccion. Desde luego quedamos á nuestras anchas: las damas y los caballeros nos colocábamos promiscuamente en sendas sillas; pero de modo que cada cual pudiese estarle picando el ojo á su cuya ó secreteándose con ella. Los trajes, por lo demas, eran de lo más lindo, digno y pudoroso, porque habia muchos escotes y se ha visto que el lugar más propio para que una doncella muestre la morbidez de su garganta, es ni más ni ménos que la casa del Señor. Habia pavas y ¿qué pavas tan si señor! Y, lo mejor de todo, como estábamos arrellanados como en un teatro, hasta tuvimos que usar de los binóculos, pues no podiamos dejar de contemplar alguna sin par hermosura que asemaba por allá la pluma blanca de su pava como el ala de la paloma del arca; ni alguna otra que traía su gorra al estilo de las moras; ni a-

quella, cuyas miradas de diosa, dominaban una nave; ni ¿qué sé yo! Era que Dios debía estar muy satisfecho de nosotros. Muchos, y muchas tambien, apénas si saliamos por breves momentos á hacer que almorzábamos alguna fruslería, porque como somos tan fervorosos y nos quedaban tantas cosas que rezar todavía, debíamos no dejar perder nuestras silletas, y así, desde las nueve á las once, y desde la una á las cinco de la tarde, cate usted que nos achantábamos en el templo y la hacíamos de chuparse los dedos. Sólo que algunos viejos desusados, decian que á buen seguro que llevaran más sus hijas á semejante trapisonda; pero nadie les hacía caso, porque se sabe que estos tales vetustos, son unos ogros que quieren que las niñas no se diviertan, y pretenden que estemos en el templo como en los dias de Mari-Castaña. No señor, ya somos otros señoritos, y vivimos en plena civilizacion, y vamos ahí, ahí con el progreso, que no parece sino que ya cogemos la luna con la mano. No faltaba más sino que fuésemos ahora á estar con mogiganguerías de persignarnos y ponernos de rodillas y... quiten allá! Además ¿qué dejaríamos en tónces para cuando tiemble la tierra ó nos azote una epidemia? Todas las cosas tienen su ocasion. Así, cuando nos haga un temblor cito, bien; entónces salimos por ahí con cruces y rosarios; y es el momento de que á las niñas les den patatúses y pidan misericordia y hagan promesas á la Consolacion. Pero ahora no, porque nosotros tenemos una cosa buena y es que sólo el Miedo nos espanta el Gusto, y por eso no nos acordamos de Santa Bárbara sino cuan-

do truena.

Porque se vea si estuvo divertida la cosa, léase el siguiente diálogo que presenciámos en plena ceremonia:

—Mi señora doña Cerda!

—Qué carrizo! apártese de aquí el hombre!

—Ja, ja, ja, qué vieja tan sabrosa!

—Linda moza, oye, mira....

—Eh?

—Que me des ahí un puestecito.

—Bueno, tómalo.

—Echen á fuera ese Diablo!

—Cómo ¿qué diablo?

—Ayayai! el condenado, que me ha roto un casquillo.

—Uff! ya me tumbaron la pollina.

—Que me matan!

—Temblor!

—Oh!....

—Uh!....

—Ah!....

—Y esa becerra que canta en el coro ¿por qué no la mandan á Europa?

—No chillé el diablo del muchacho.

—Me han machucado la pava.

—Esta tarde te espero en la ventana.

—Bueno, amor mio.

—Quite de ahí la vieja.

—Miren el oso!

—No empujen....

—¿Qué me caigo!

—No me toque la silla, joven.

—Mírenla allí, tan requetemona. Y cómo se pinta!

—Qué fachada es aquella?

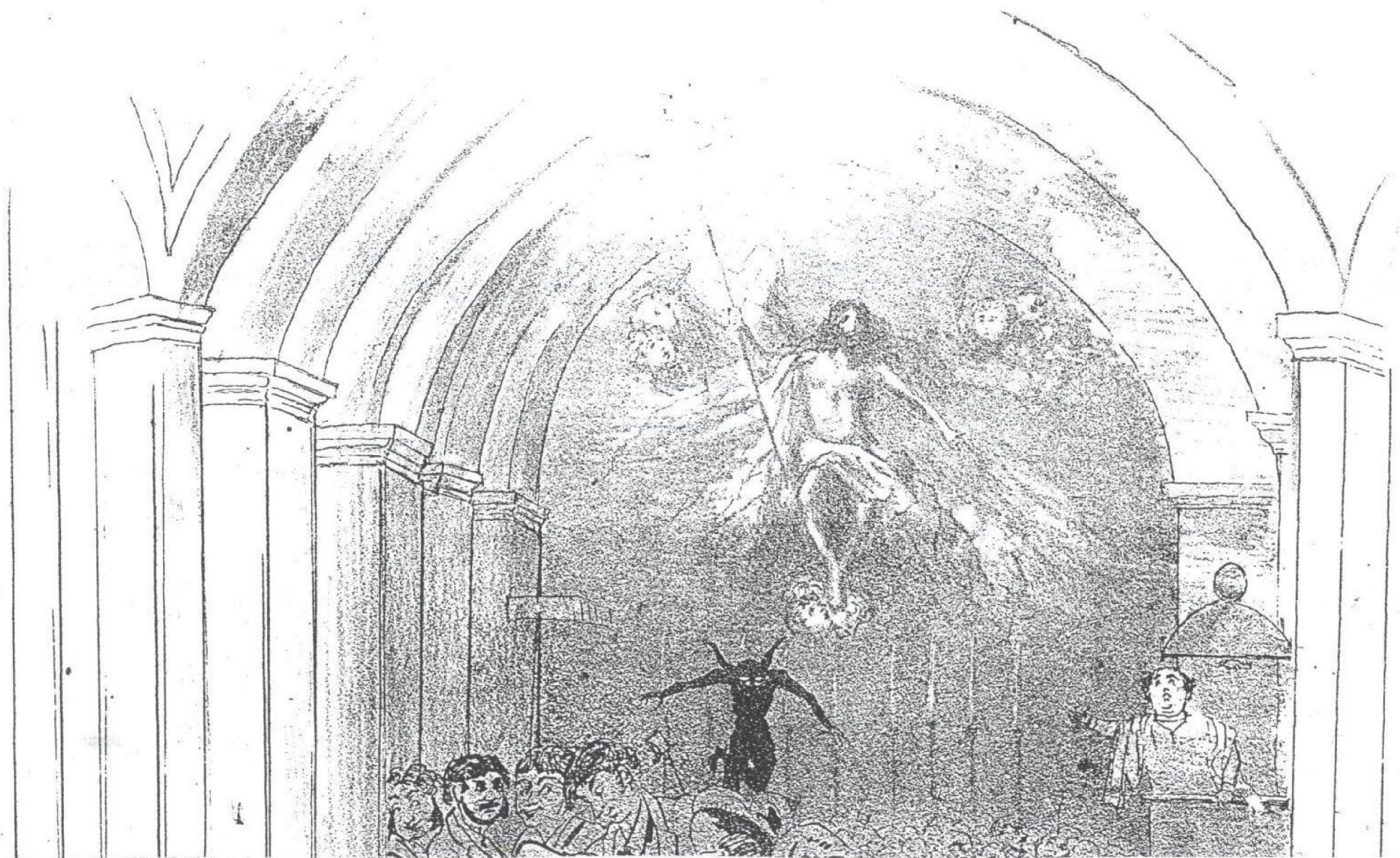
—La de Nuestra Señora del Bermellon.

Ja! je, ji, jo, juuuu!....

¡Si estaría buena la Semana Santa, señores! Aleluya! Para que en los venideros tiempos se tengan ideas claras de cómo pros-



ESCENAS DE LA SEMANA SANTA EN CARÁCAS
(1881)



peramos en materia de religion y de costumbres, ofrecemos hoy una caricatura que es el cuadro perfecto de lo que hemos visto y aquí brevemente reseñamos.

* * *

¿Eres la misma que esta mañana,
En el bullicio de Catedral,
Me diste un rizo de tu cabello?
--Yo soy la misma del Carnaval.

COSAS.

Vamos al templo niñas.
Vamos al templo,
Que las campanas todas
Guardan silencio
Y en vez de galas
Los altares adornan
Fúnebres gasas.

Vamos á orar por todos
Los que padecen;
Los que llorando sufren,
Y los que mueren.
¡Al templo, niñas,
A llorar con la pobre
Virgen Maria!

Vamos al templo, chicas,
Vamos al templo.
Arrastrando los trajes.
De cintas llenos
Vamos, muchachas,
Que los necios chiquillos
Ya nos aguardan.

Vamos á ver los trajes
De Petra ó Juana,
Y llevemos las lenguas
Bien afiladas.
Cuatro conquistas
Hagamos con los dengues,
Juegos y risas.

Fénix.

Cármén :

En tu carta última me liablas
de Semana Santa, confesion, ser-
mones, ayuno, y visitas á los tem-
plos.

La Semana Santa es para los
mas ocasiones lucir trajes y galas.
Raro es aquel que al aproximarse
esos dias no se pregunta ::

—“¿ Qué me pondrá?”

Algunos solo miden las incomo-
didades que ha de proporcionar-

les el ir y venir de gentes, el en-
carecimiento de todo, y las difi-
cultades que trae consigo la cesa-
cion del trabajo servil.

Otros, los menos, muy pocos,
recuerdan lo que la iglesia cele-
bra y se entregan á la oracion, la
abstinencia y el ayuno. Aunque
entre nosotros el ayuno se reduce
á no comer carne, almorzar tarde
y mucho, y haer *colucion*, esde-
cir, una cena de sibarita ¡ Esplén-
dido sacrificio!

Dices que te has confesado, y me
preguntas si has hecho bien. Por
lo menos no has hecho mal. Todo
lo que nos obligue á repasar nues-
tra conducta es útil, pues siempre
hay en ella algo que corregir. No
me gustaria saber que hacías del
sacramento de la penitencia un
uso demasiado frecuente y que
dabas en la manía de no salir de
la iglesia. El culto externo es ne-
cesario; pero como los extremos
son viciosos, si abusamos de él, lle-
gamos á olvidarnos del interno, y
vamos poco á poco cambiando el
respeto que debemos á Dios por
genuflexiones, oraciones que reza-
mos mecánicamente y golpes de
pecho, que solo serviran para lla-
mar la atencion de los circunstan-
tes. Y todavía no es este el últi-
mo peldaño de la escala. Personas
he visto que despues de murmurar,
de enredar, de escandalizar, se
creían libres de toda culpa, yendo
al templo á empaparse de agua
bendita cabeza y frente y á rezar
en alta voz el Trisagio.

(Continuará.)

A Sidi Hixen.

Sólo Dios es Dios.

(Conclusion.)

IX.

Cuando una á una se han ido
Esperanzas á ilusiones;
Cuando las locas visiones
De amor y gloria han partido ::

Cuando solo al desencanto.
Cansada el alma se entrega ::

Cuando todo se nos niega
Hasta el consuelo del llanto.

Es tan fácil á la suerte
Doblegar la frente herida
Y depositar la vida
En los brazos de la muerte.

Como dormirse al arrullo
Del cariño maternal;
A los besos del terral,
De las palmas al murmullo.

Uno á uno se han marchado
Mis fantásticos delirios,
¡ Blancos y olorosos lirios
Que mi aliento ha marchitado!

Voy á morir. Tengo miedo
De mi propio corazón..
Se me escapa la razón..
Quiero vivir y no puedo.

Shamil, mi hermano querido
También á mis pies cayó.
Sobéidali, le he visto yo
De roja sangre teñido.

Deja que apague este infierno
El alma de pena loco.
Deja que bese tu boca
Como adios del viaje eterno.

X.

Alumbra el cadáver lívido
Del moro, la luz del día.
Una boca yerta y fría
Unida á su boca está.

La boca de la hechicera
Dulce niña encantadora,
De la hermosa y seductora,
De la amante Sobéidali.

JUDAEL.

AVISOS.

El Dr. Federico C. Ponce
Médico Cirujano.

Se ofrece en el ejercicio de su pro-
fesion, con especialidad en las en-
fermedades de los niños.

Sur 4 Núm. 126; Entre las esqui-
nas de la Glorietta y Pilita del Pa-
dre Rodríguez.